LA BIBLIOTECA

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

SE PUBLICA ALTERNO

SUSCRIPCIÓN

1 peseta al mes en toda España.
3 » trimestre.
6 » semestre.
11 » año.

Extranjero, **16** francos al año.
En provincias la suscripción es por trimestres.
Toda la correspondencia y giros al Administrador.

AÑO I — MADRID — NÚM. 8

30 de Enero de 1903.

OFICINAS

CALLE DE APODACA, 16, duplicado.—APARTADO núm. 298
Cuenta corriente en el «Crédit Lyonnais».
MADRID

MUY IMPORTANTE

LA BIBLIOTECA, *hasta la fecha*, **no tiene sucursales**; *y, por tanto, rogamos muy encarecidamente á nuestro público que para* RECLAMACIONES, PAGOS, *y todo lo relacionado con Administración ó Redacción, se dirijan á nuestras oficinas, APODACA, 16, duplicado.*

Los de provincias igualmente, sin olvidarse, además, de consignar en los sobres **LA BIBLIOTECA**, *apartado 298.*

No respondemos de carta ó reclamación que no se haga en dicha forma.

CRÓNICA CIENTÍFICA

La agricultura eléctrica.—Curacion de la tuberculosis.—Las minas del Transvaal.—El oro en las tumbas egipcias.

El célebre electricista norteamericano Tesla anuncia que dentro de algunos meses podrá presentar uños aparatos de su invención, que de dar el resultado que él dice haber obtenido, habrán de producir la más grande revolución que se ha conocido en el mundo industrial.

Se trata sencillamente de aprovechar la fuerza del viento para producir energía eléctrica; dice que son tan sencillos y á la vez que de resultados positivos tan económicos los aparatos en cuestión, que seguramente podrán adquirirlos hasta los labradores más modestos. El aparato transformador de la energía del viento en eléctrica es tan pequeño, que no ocupa más de un metro cúbico. Hay que añadir á esto que no necesita personal alguno ni gastos de entretenimiento. Una vez así obtenida la corriente, se almacenará en depósitos, que si bien ocupan mucho más espacio que los anteriores, presentan la inmensa ventaja sobre todos los acumuladores, de la economía que tienen por su valor y no tener gastos de entretenimiento. De este modo consigue el sabio electricista almacenar electricidad gratis.

El segundo problema es puramente agrícola; se trata de una locomóvil eléctrica susceptible de admitir diferentes órganos para efectuar distintos trabajos, esto es, arar, sembrar y segar; después será acoplada á otra pequeña máquina que trilla, limpia y clarifica el grano.

Piensa al mismo tiempo el sabio inventor fundar una colosal Compañía para la explotación de tan vasto negocio, de tal manera, que proporcionando estos aparatos á pequeños agricultores, puedan pagarle con una parte muy pequeña de sus cosechas y no cobrar en años malos.

***

Todos conocemos lo muy adelantada que se encuentra la cirugía; desgraciadamente no le pasa lo mismo á la medicina. Hace pocos años hubieran causado asombro muchas de las operaciones que hoy se practican con relativa facilidad, por ejemplo la reserción de un trozo de estómago, la ovariotomía y otras muchas.

Räeker, uno de los más eminentes cirujanos alemanes, viene desde hace dos años practicando operaciones en tuberculosos; interviene en el pulmón y corta todas aquellas partes invadidas por el tubérculo; la dificultad mayor está en la pleura, que sabemos es la telita que rodea el pulmón; pero es cierto que teniendo cuidado en operar en un medio antiséptico y con instrumentos perfectamente esterilizados, el peligro no es grande; buena prueba es las infinitas operaciones que hoy se hacen de pleuresía. Ahora solo nos queda confiar en el talento de tan esclarecido doctor, que de resolver el problema será el hombre más grande en la época actual.

***

De lo practicado por la Comisión inglesa enviada al Transvaal con objeto de estudiar los medios que se deben emplear para poner en explotación las citadas minas (pues los accionistas se quejaban de la poca utilidad), resulta que á consecuencia de la guerra se incautaron los ingleses de las minas, y los obreros negros que hasta entonces habían trabajado, se negaron á continuar; en vista de esto, se les reemplazó por blancos en número de 12.000, pero los sueldos son mucho más elevados y su esfuerzo es menor; la diferencia en la extracción de mineral se ha traducido en una baja de un 46 por 100, y los poseedores de acciones pusieron el grito en el cielo. A pesar de esto, la producción se eleva á 61.000.000.000 de pesetas.

Estos mismos señores que tanto gritan llevan cobrado desde 1885, según una memoria que á la vista tenemos, escrita por mister Hatley, la friolera de 23.526 libras esterlinas por acción, que se emitieron al precio de 400 libras una.

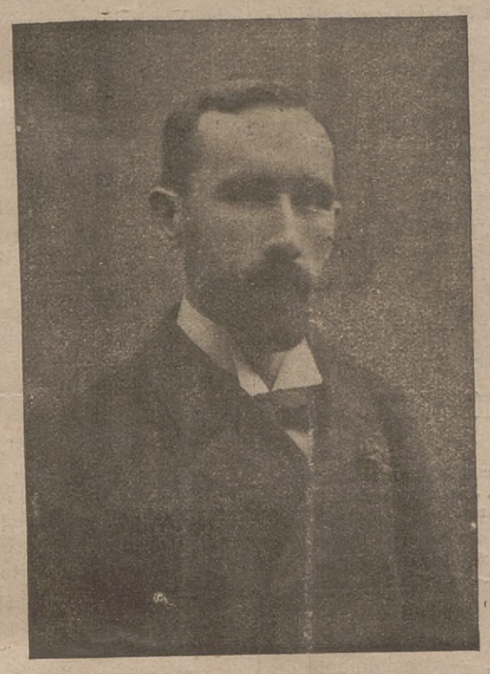
***

M. Maspero, en sus investigaciones arqueológicas, ha encontrado en casi todas las tumbas egipcias una bolas blancas del tamaño de huevos de paloma. Con objeto de averiguar el papel que desempeñaban en sus costumbres, las envió á la Academia de Ciencias, y ésta comisionó al sabio Berthelot su análisis; éste encontró que estaban formadas por ocho partes de oro, dos de plata, tres de carbonato cálcico y seis de resina; también encontró trazas de sustancias olorosas y un residuo cuya composición química se desconoce.

Después de conocido este análisis se dieron muchas explicaciones sobre el particular. Maspero sostiene que eran desinfectantes enérgicos colocados para facilitar la momificación de los cadáveres, mientras que M. Guiguardt asegura que era una distinción solo concedida á los altos dignatarios de la dinastía de los Faraones, y para demostrarlo basta con fijarse en el lujo de las citadas tumbas, cosa imposible si no se tratara de personas de elevada posición social.

A. Buisan.

AUTORES DRAMÁTICOS



D. Carlos Arniches

¡NADIE!

Toda la prensa ha dado la noticia. El día no sé cuantos murió un hombre, de frío, en la calle de Alfonso XII. Halláronle al amanecer sentado é inmóvil en un banco, condujéronle á una taberna próxima y allí expiró.

¿Quién era? En sus bolsillos se halló una cédula: «D. Fulano de Tal... 28 años, estudiante».

Un átomo perdido en el océano de Madrid; un átomo que el aire trajo y se llevó la nieve.

Cuatro líneas de información fría fueron su epitafio; su lecho mortuorio un banco de piedra, menos duro que el corazón de muchos hombres; su mortaja la nieve piadosa, que matar en ciertos instantes es un acto de piedad.

Fulano de Tal, 28 años, estudiante. ¿No le conocéis? Yo sé su historia. No es un hombre, es la encarnación de una raza de soñadores tristes, enamorados, heroicos...!

Una tarde tibia de otoño dejó su aldea. Sus padres, viejos campesinos, despidiéronle en la estación con lágrimas en los ojos; él partió contento; marchaba á la conquista del amor, de la fortuna, de la gloria...

Arrancó la locomotora, se acurrucó en el duro banco del coche de tercera, y arrullado por el isócrono movimiento del tren, cerró los ojos evocando en su men-

Acomunalar, a. ant. Tener trato y comunalar. Usáb. t. c. r.

Acomunarse, r. Reunirse, convenirse, coaligarse, confederarse para realizar un fin común.

Aconchabarse, r. fam. Conchabarse, unirse, juntarse, asociarse ‖ fam. Unirse entre sí dos ó más personas para algún fin. Aplícase generalmente en mal sentido.

Aconchadillo, m. Guisado que se hacía antiguamente.

Aconchar, a. ant. Componer, aderezar ‖ Arrimar mucho una persona ó cosa á cualquier parte para defenderla de algún peligro ‖ Mar. Hacer el viento ó la corriente que un barco dé con la parte inferior de su costado contra algún bajo ó playa ‖ r. Mar. Abordarse dos buques sin violencia.

Acondicionado, da, adj. Puesto en condición de servir para lo que se le destina.

Acondicionar, a. Dar cierta condición ó calidad ‖ Arreglar, hacer apta alguna cosa para servirse de ella.

Aconduchar, a. ant. Proveer de conducho.

Acongojar, a. Oprimir, afligir. U. t. c. r.

Aconhortarse, r. ant. Consolarse.

Acónico, m. Hierba.

Acónito ó acónito pardal, m. Anapelo.

Aconseguercer, a. ant. v. Conseguir.

Aconsejable, adj. Lo que puede aconsejarse.

Aconsejado, da, adj. El que recibe consejos, el que toma dirección ó escucha las indicaciones de cualquiera para obrar de esta ó de la otra manera ‖ Con el adv. *mal*, el que obra sin consejo, desbaratadamente, por su propio dictamen y capricho.

Aconsejador, ra, m. y f. El que aconseja.

Aconsejar, a. Dar consejo ‖ r. Dar la opinión que tenemos sobre un asunto á la persona á que interesa. Indicarle el camino que debe seguir, la manera más conveniente para obrar, etc.

Aconsolar, a. ant. Consolar.

Aconsonantado, da, adj. La composición escrita en consonantes y versos que tienen los mismos consonantes finales.

Aconsonantar, a. Poner consonantes donde no debiera haberlos, como al fin de los miembros del período en la prosa, y en la poesía que solo requieren asonantes.

Acontar, a. ant. Apuntallar ‖ ant. Contar.

Acontecedero, ra, adj. Que puede acontecer.

Acontecer, n. Acaecer, suceder.

Acontecido, da, adj. ant. El que tiene el semblante triste ó afligido.

Acontecimiento, n. Acaecimiento, suceso notable.

Acontiado, da, adv. ant. Hacendado.

Acontra, adv. m. ant. En contra.

Acontrastar, a. ant. Contrastar.

Acopado, da, adj. En forma de copa ó vaso.

Acopar, n. Formar copa los árboles ó plantas.

Acopetado, da, adj. Lo que tiene forma de copete.

Acopiamiento, m. ant. Acopio.

Acopiar, a. Hacer acopio ó juntar en gran cantidad alguna cosa ‖ Más comunmente se dice de los granos, provisiones etc.

Acopio m. Acción y efecto de acopiar.

Acopios, s. m. Provisiones de artículos que en época de abundancia se hacen para el consumo en tiempos de escasez.

Acoplamiento, s. m. Acción y efecto de acoplar.

Acoplar, a. En oficios mecánicos, ajustar, unir unas piezas con otras ‖ Unir entre sí á personas que estaban desavenidas ‖ Unir los bueyes ó mulas al arado ó carro ‖ fam. Encariñarse, unirse íntimamente dos personas.

Acoquinamiento, m. Amilanamiento, timidez, cortedad.

Acoquinar, a. fam. Acobardar, hacer perder el ánimo, amilanar.

Acoralado, adj. Parecido al coral ó propio de él.

Acorar, a. ant. Afligir, acongojar.

Acorazar, a. Revestir los buques de guerra con planchas de hierro ó acero.

Acorazonado, da, adj. En forma de corazón.

Acorcharse, r. Cuando pierden las frutas la mayor parte de su jugo y sabor ‖ Entorpecimiento de los miembros del cuerpo ‖ Parecerse al corcho.

Acordablemente, adv. m. ant. Acordadamente.

Aciche, m. Herramienta análoga á la piqueta, de la que se diferencia por tener cortes por ambos lados, y que se usa para perfeccionar el cuadro y junturas de las baldosas.

Acidate, m. ant. Acirate.

Acidez, f. Calidad de ácido.

Acidia, f. Pereza, flojedad.

Acidificación, f. Oxigenación de un combustible hasta reducirle á ácido.

Acidioso, sa, adj. ant. Perezoso, con flojedad, con acidia.

Ácido, da, adj. Agrio ‖ Sustancia química que por su combinación con el oxígeno ú otro cuerpo agrio adquiere gusto agrio, y la propiedad de enrojecer los colores azules vegetales y formar sales con los álcalis y óxidos metálicos.

Acidular, a. Poner ligeramente agria una bebida echando en ella una cantidad de ácido.

Acídulo, la, adj. Ligeramente agrio, ácido.

Acierto, s. m. Acción y efecto de acertar ‖ Habilidad ó destreza en lo que se ejecuta ‖ Acaso, casualidad ‖ Prudencia, tino.

Aciguatado, da, adj. Ciguato ‖ El que padece aciguatera ‖ El que está pálido como si padeciera aciguatera.

Aciguatar, a. Acechar, atisbar.

Aciguatarse, r. Contraer aciguatera.

Acijado, da, adj. De color de acije.

Acije, m. Aceche.

Acijoso, sa, adj. Se dice del que tiene acije.

Acimboga, f. Azamboa ‖ Fruto del azamboero.

Acimentarse, r. ant. Fijar la residencia en un pueblo ‖ Establecerse, arraigarse.

Acimo, adj. Ázimo.

Acimut, m. Azimut. Arco para medir la distancia entre un astro y el meridiano del observador.

Acimutal, m. Azimutal ‖ Perteneciente ó relativo al Azimut.

Acinturar, a. ant. Estrechar, apretar la cintura. Ajustar, ceñir.

Ación, f. La correa que pende de la silla de montar y que sujeta al estribo.

Acionero, m. El que hace aciones.

Acipado, da, adj. El paño bien tupido, cuando es sacado de la percha.

Acirate, m. Loma que se hace en las tierras para separar unas de otras ‖ Llano ó planicie en la cumbre de una altura.

Acirón, m. Arbol de la familia de las aceríneas, de madera dura y salpicada de manchas á manera de ojos, ramas opuestas, hojas sencillas, lobuladas ó angulosas y flores pequeñas en corimbo ó racimo.

Acitara, f. Cítara ‖ En algunos pueblos de Castilla se llaman así las paredes gruesas que forman los costados de una casa ‖ Pretil de ladrillo ‖ También se dice de la cobertura de una silla de estrado ó de montar.

Acitrón, m. Dulce hecho de la cidra.

Acivilar, a. ant. Envilecer, abatir.

Aclamación, f. Acción y efecto de aclamar.

Aclamador, ra, adj. El que aclama.

Aclamar, a. Dar voces la multitud en honor de una persona ‖ Recibir la multitud con expansiones, vítores y júbilo á una persona ‖ Conceder alguna gracia ú honor por voz común, por voto general ‖ Llamar á las aves ‖ ant. Requerir ó reconvenir ‖ ant. Quejarse, creerse agraciado.

Aclaración, f. Acción y efecto de aclarar.

Aclarar, a. Hacer desaparecer lo que quita la claridad ó transparencia á alguna cosa ‖ Hacer mayores ó ensanchar los espacios que hay en alguna cosa ‖ Lavar por segunda vez la ropa con agua sola, después de jabonarla ‖ Poner en claro un concepto, un asunto. Declarar, manifestar, explicar una cosa ‖ Desenredar ‖ Segundo lavado de los minerales ‖ n. Ponerse claro lo que estaba oscuro ‖ Comunmente se dice del tiempo cuando después de lluvias ó nublados se despejan y disipan las nubes.

Aclaratorio, ria, adj. Aquello que pone en claro una cuestión dudosa.

Aclarecer, a. ant. Aclarar.

Acleido, da, adj. Mamífero que carece de clavículas, como los ungulados y cetáceos, ó que las tiene rudimentarias.

Aclimatación, f. Acción y efecto de aclimatar ó aclimatarse.

te los placeres infinitos que en la villa luminosa le aguardaban.

Llegó. Era un día de sol, de ese sol radiante con que Madrid encubre sus perfidias. ¡Qué alegres le parecieron las anchas calles! ¡Qué hermosas las mujeres! ¡Qué animados los paseos!

¡Aquel, aquel era el país de sus sueños, el campo de batalla de sus ambiciones, el teatro de sus triunfos, el jardín de sus amores!

¡Y fué con sus versos de puerta en puerta! ¡Y no le escucharon!

Los hombres que él creyó grandes desde lejos, vistos de cerca le resultaron mezquinos; las que juzgó frescas mejillas de candorosas deidades, halló rostros ajados de despreciables mujeres; los que tuvo por leales amigos, traidores infames que le robaron sus ideas, su dinero y sus amores.

Pasó un año de luchas, y otro, y otro, y nada obtuvo; sus versos no se imprimieron, sus comedias no se representaron, sus compañeros le abandonaron, y una mujer en quien puso toda su alma le dejó por otro.

Lloró mucho, lágrimas de sangre, lágrimas de fuego; se humilló, pidió por caridad lo que pensó conquistar por talento, todo en vano; él cada vez más bajo, y en la cumbre los intrigantes, los aduladores, los plagiarios, los miserables!

Y buscó en el alcohol un alivio á sus penas; bebió, y en el fondo de la última copa con que se embriagó una noche, halló el primer consuelo á sus pesares; y entonces volvió á beber, á beber, y en sus horas negras (todas sus horas) no encontró piedad sino en el vientre oscuro de las botellas.

¡Sus padres! Murieron acaso, acaso viven. Rompióse el dulce lazo que unía sus vidas, y si alguna vez asaltaba la mente del triste poeta el dulce recuerdo, arrancábaselo con ferocidad, aunque entre las uñas se llevase el alma.

¡Una noche la patrona le puso en la calle! ¡Debía tantos meses...! El se fué resignado y triste, gastó sus últimos céntimos en unas copas de aguardiente, y empezó á vagar por las desiertas calles.

¡Nevaba! Dando diente con diente cruzó las silenciosas avenidas que con sus menudos copos iba alfombrando la blanca nieve. En vano buscó donde guarecerse; ¡todo cerrado, todo desierto, todo cruel!

Y la nieve seguía cayendo, y él vagando una hora, y otra, y otra, hasta que al fin, rendido de cansancio, tropezó un banco, y en él se dejó caer agobiado por la pena, rendido por la fatiga, aterido por el frío...

Y la nieve seguía cayendo. Invadió su espíritu un sopor extraño; de su cuerpo se apoderó una languidez invencible, y en el fondo de su alma empezaron á reproducirse los tiernos cuadros de su infancia. Vió la casita blanca y humilde donde se deslizaron sus días primeros; la verde campiña, teatro bucólico de sus infantiles juegos; la vaca de apacible mirada y movimientos sosegados que parecía contemplarle con cariño; el cristalino arroyo que serpenteaba en el prado; la erguida torre de la vecina iglesia, y oyó el alegre tañido de sus campanas que resonaban en sus oídos como cánticos de gloria, y el eco armonioso del órgano del convento mezclado con las plañideras voces de las religiosas, y el alegre trinar con que le despertaban en la primavera las golondrinas que anidaban en sus balcones. Y sobre todos esos sonidos distinguió la voz cristalina de María, su primer amor, la única persona que había creído en su genio; y sintió en sus labios el beso cariñoso, frenético, abrasador, con que selló la boca de su madre la noche de despedida.

. . . . . .

Y la nieve seguía cayendo, cayendo, envolviendo su cuerpo en un blanco sudario que no bastaba á deshacer el fuego de aquel último recuerdo; pero él ya no la sentía; estaba inmóvil, rígido, helado, y en su noble rostro, cristalizado por la muerte, rayaba una expresión de tristeza infinita, de insondable amargura.

. . . . . .

Toda la prensa ha dado la noticia. El día no sé cuantos murió un hombre, de frío, en la calle de Alfonso XII. ¿Quién era? En sus bolsillos se encontró una cédula: «Fulano de Tal, 28 años, estudiante».

¡Nadie!

José Ruiz-Conejo.

BIOGRAFÍA

TIRSO DE MOLINA

Muy poco se conoce de la vida del célebre escritor que está considerado como el primer poeta cómico.

Gabriel Téllez, que era su nombre, nació en Madrid el año 1585; es autor de la *Historia general de la orden de Nuestra Señora de la Merced*, en cuya orden profesó en Toledo, desempeñando los cargos de predicador, maestro, definidor, cronista y comendador del convento de Soria en 1645.

Se le calcula que es autor de unas quinientas obras, entre las que merecen citarse, *La villana de Vallecas*, *La prudencia en la mujer*, *El vergonzoso en palacio*, *Mari Hernández la gallega*, *Marta la piadosa*, *El burlador de Sevilla* y *Don Gil de las calzas verdes*.

Falleció el 12 de Marzo de 1648 en la ciudad de Soria.

Adolfo Polue.

SECCIÓN BIBLIOGRAFICA

«Estudio histórico-militar sobre el conde Barcelona, Ramón Berenguer III, el Grande», por D. Joaquín de La Llave y Sierra, primer teniente de Ingenieros.

En los cuatro capítulos que constituyen esta obra prueba su autor, de una manera perfecta, lo útil que es describir las circunstancias sociales de la época cuando se trata de la historia de un soberano; presenta el estado militar del mundo, y especialmente de Cataluña, donde, gracias á su espíritu observador, subsana las dificultades que se encuentran para realizar esta clase de información; hace la cronología del mundo mediterráneo accidental de un modo lacónico, pero satisfaciendo por completo la índole del escrito; y, por último, expone la historia política externa, haciendo resaltar la parte tan activa que en ella tomó Berenguer III.

Con este trabajo ha obtenido su autor el premio del Excmo. Sr. Capitán general de Cataluña, D. Enrique Bargés, en el certamen celebrado por la Juventud Conservadora de Barcelona con motivo de la mayor edad de S. M. el Rey, y la Cruz de Alfonso XII, que le ha concedido el Gobierno.

Damos la enhorabuena al Sr. La Llave por sus merecidos triunfos, y le felicitamos sinceramente por la obra en que demuestra sus profundos conocimientos.

L. Fau.

BORRADORES

Me gusta revolver esos legajos
sucios y amarillentos
por la humedad y el polvo, y corroídos
por la acción implacable de los tiempos.
Borradores que el alma del poeta
en sus tachadas líneas recogieron;
¡cuánto drama en sus páginas se esconde!
¡cuánta hundida ilusión, cuánto recuerdo!
Tristezas y alegrías,
risas y llantos, ambición, deseos,
esperanzas, delirios, entusiasmos,
angustias... desalientos...
Y esas sucias cuartillas, que al tocarlas
se deshacen en polvo entre los dedos,
son el espejo en que el poeta mira
sus vagorosos sueños,
son algo que, encarnado en su existencia,
es parte de su alma, es su cerebro
trasladado al papel, y los renglones
en que la mente retrató su vuelo;
son su vida, su carne, son él mismo
que se refleja en ellos.
Por eso gozo en revolver las hojas
corroídas por el tiempo,
y al contemplar sus líneas desiguales,
yo no sé por qué veo
llorar al hombre que trazó esos rasgos
al compás de sus tristes pensamientos.
Por eso gozo al ver esos papeles
amarillos y viejos,
y al pensar en las lágrimas caídas
sobre los trazos negros,
una idea tenaz surge en mi espíritu
que sin cesar repito como un eco:
—Borradores que el alma del poeta
en sus tachadas líneas recogieron,
¡cuánto drama en sus páginas se enconde!
¡cuánta hundida ilusión, cuánto recuerdo!...

E. Herrera Bremón.

PASATIEMPOS

Duval, bibliotecario de Francisco I, respondía con frecuencia *no sé* á las preguntas que se le dirigían sobre materias científicas.

Sin embargo—le dijo un día un ignorante—el monarca os paga para que lo sepáis.

Os engañáis, caballero—contestó modestamente Duval—S. M. me paga por lo que sé; si me debiese pagar por lo que ignoro, no bastarían todos los tesoros del imperio.

CHARADA

Con muy mala ortografía
junta *primera* y *segunda*,
y hallarás tiempo de verbo.
Si es que las cuentas te gustan,
suma tres con más de nueve
y *tercia dos*; pero justas...
Ahora, si *buscas* el *todo*,
ó eres sacristán ó cura.

Solución á la anterior: **Senado.**

Al concierto geográfico:

C A **B** R A
F R **A** G A
P A **D** U A
B R **A** G A
D I **J** O N
R I **O** J A
L U **Z** O N

ESTAFETA

Barcelona.—D. L. B. V.—Con cargo á la caja.
Población de Campos.—D. I. A.—Servido.
Valladolid.—D. A. L.—Conformes.
Arévalo.—D. A. M. R.—Se le envían los números. Repasaremos lo que envía.
Tineo.—D. C. L.—Mil gracias por su atención. Van números. El pago en libranza; y de no poder ser, sellos de 10 ó 15 céntimos. (Certificada.)
Alcalá de Henares.—D. J. V.—Abonado 15 Abril. Servidas las que envía: mil gracias por sus atenciones.
Ciudad-Real.—D. J. M. S.—Se pasará cargo, como indican, cuando autoricen los dos institutos.
Prado del Rey.—D. J. C. G.—Servidos los números. Recibidas 4 pesetas, que abono en cuenta.
Fuentesaúco.—D. J. F. C.—Mil gracias por sus ofrecimientos. Se remiten números.
Figueras.—D. L. G.—Recibidas 25,50. Contestaré por carta.

ADVERTENCIA

A todos los que se suscriban, remitiremos desde luego los números publicados.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

Aclimatar, a. Hacer que una persona se acostumbre á vivir en país de clima diferente al de aquel que le era habitual || fig. Hacer prevalecer ó medrar una cosa en parte distinta á la que tuvo su origen.

Aclocar, n. Enclocar || fig. Arrellanarse.

Acmónides, m. pl. Mit. Descendientes de Acmon.

Acne, m. Med. Enfermedad cutánea.

Acnemia, f. Falta ó mutilación de los miembros inferiores.

Acnería, f. Bot. Planta de la familia de las gramíneas.

Acnida, f. Bot. Planta que crece en las lagunas salobres de la Virginia.

Acobardado, p. p. De acobardar.

Acobardar, Asustar, intimidar || Descorazonar || Desconcertar.

Acobardarse, r. Asustarse, intimidarse, tener miedo || Volverse cobarde.

Acoceador, ra, m. y f. El que da coces.

Acoceamiento, m. Acción de dar coces, de cocear.

Acocear, a. Cocear, dar patadas || Se dice de los caballos, mulas, etc. || fig. Ultrajar, insultar, despreciar.

Acocotar, a. Matar dando golpes en la nuca.

Acocharse, r. Agacharse, acurrucarse, ponerse en cuclillas.

Acoclinado, adj. Confuso, avergonzado de no haber conseguido su objeto.

Acoclinar, a. Matar, dar una muerte parecida á la del cerdo || fig. fam. Desbaratar un negocio criminal || pop. Insultar, injuriar.

Acodado, adj. Doblado en forma de codo.

Acodadura, f. Acción de acodarse, de apoyarse sobre los codos.

Acodalar, a. Arq. Apoyar, sostener.

Acodamiento, Acción y efecto de acodar.

Acodar, a. Apoyarse sobre el codo || Acodar las plantas, meter debajo de tierra el vástago, dejando fuera el cogollo || Acodarse r. Mar. Anclar contra el viento, presentando el costado para no virar. Anclar con firmeza.

Acoderamiento, m. Acción y efecto de acoderar.

Acoderar, a. Ponerse de través un navío para combatir presentando las baterías.

Acodiciar, a. Incitar, animar, estimular vivamente á hacer algo || *Acodiciarse*, apasionarse, entregarse á algo con demasiado ardor.

Acodillar, a. Doblar en forma de codo || Tresillo, Dar codillo.

Acodo, m. Vástago, botón, mugrón, renuevo de una planta que se entierra para que eche raíces.

Acogedizo, a, Fácil de ser acogido, cogido de un lado y de otro, sin cuidado.

Acogedor, m. El que acoge, el que da asilo.

Acoger, a. Recoger, recibir, admitir á alguien en su casa || Proteger, socorrer, defender, tomar bajo su protección.

Acogerse, r. Cobijarse, ponerse al amparo de alguna cosa || Ser recibido || Se dice de un relato, de una noticia, etc. || Conformarse con la opinión de otro || Fig. Alegar una razón, una excusa, para ocultar ó disimular un hecho.

Acogeta, f. Evasiva, escapatoria, subterfugio, medio de salir del apuro.

Acogida, f. Recepción, acto de acoger || Retiro, asilo || Protección, defensa || Afluencia, concurso, sitio en que se reunen muchas cosas.

Acogido, m. Jumentos ó mulos sueltos en dehesa mediante cierto precio.

Acogimiento, m. Acción y efecto de acoger Acogida.

Acogollado, adj. Agr. Apiñado, en forma de cogollo || p. p. de acogollar.

Acogollar, a. Agr. Cubrir las plantas delicadas para preservarlas de las inclemencias del tiempo || Acogollarse, r. redondearse.

Acogombradura, f. Agr. La acción y efecto de acogombrar.

Acogombrar, a. Agr. Aporcar, cubrir algunas plantas con paja ó estiércol para blanquearlas.

Acogotador, ra, adj. El que agota.

Acogotar, a. Asesinar, matar á golpes de maza.

Acoho, m. Hist. Nat. Pájaro de Madagascar parecido á un gallo pequeño.

Acoita, f. ant. Disgusto, pesar, aflicción, pena.

Acoitar, a. Cuidar || Causar pena, disgustar, apesadumbrar || Poner en apuro.

Acola, f. Especie de pescado de Malta.

Acolada, f. Ceremonia para conferir la orden de caballería, golpeando de plano con la espada sobre el cuello del recipiendario.

Acolar, a. Blas. Unir dos escudos bajo un mismo timbre ó bajo una misma corona, por alusión á la alianza de dos familias.

Acolcetra, f. ant. Cubierta.

Acolchado, m. Pequeño almohadón que se coloca á los lados de una carroza.

Acolchar, a. Poner seda ó algodón entre dos telas.

Acolgar, a. Hacer esfuerzo de arriba á abajo.

Acoli, m. Hist. Nat. Ave de rapiña de Africa.

Acólito, m. Clérigo promovido á la más alta de las cuatro órdenes menores || Muchacho que sirve en las iglesias con traje clerical, sin estar tonsurado || Fam. Compañero, camarada, el que ayuda á hacer cualquier cosa.

Acollador, m. Mar. Rizo, cuerda delgada que sirve para rizar ó extender otra más gruesa, para mantener tiesos los obenques.

Acollar, a. Mar. Maniobrar con el acollador.

Acollarado, adj. Zool. Con collar. Dícese de los animales que tienen el cuello de distinto color que el resto del cuerpo.

Acollarar, a. Poner el collar || Sujetar los perros de caza con collares.

Acollararse, r. Rufugiarse, guarecerse.

Acollonado, adj. Acobardado, acoquinado.

Acollonar, a. Descorazonar, acobardar, tratar á alguno con aspereza.

Acollonarse, r. Asustarse, acobardarse, atemorizarse.

Acología, f. Ciencia que trata de los agentes terapéuticos.

Acologuo, adj. Lo que pertenece á la acología.

Acometedor, ra. m. y f. Agresor, el que ataca ó acomete.

Acomodable, adj. Que se puede acomodar.

Acomodación, f. Acción y efecto de acomodar.

Acomodadamente, adv. Ordenadamente, convenientemente.

Acomodadizo, adj. Que á todo se aviene ó acomoda fácilmente.

Acomodado, da, adj. Conveniente, oportuno || Rico, abundante de medios ó riquezas || Moderado en el precio, barato, justo.

Acomodador, ra, m. y f. El que acomoda || El que en los teatros y otros lugares está encargado de señalar á los asistentes sus respectivos asientos.

Acomodamiento, m. Convenio, transacción || Conveniencia, comodidad.

Acomodar, a. Convenir, ajustar, componer, ordenar || Concertar á los que disputan || ger. Juntar || n. Venir á uno bien una cosa, convenirle || r. Avenirse, conformarse.

Acomodaticio, a, adj. Que se amolda fácilmente á las circunstancias, cambiando de opiniones según su conveniencia ó comodidad.

Acomodo, m. Empleo, ocupación, conveniencia.

Acompañado, da, p. p. de acompañar || Concurrido, hablando de lugares || Aplícase al perito que acompaña á otros, para entender juntamente con ellos de alguna cosa.

Acompañador, ra, m. y f. El que acompaña.

Acompañamiento, m. Acción y efecto de acompañar || Gente que acompaña á alguno || Conjunto de personas que en los espectáculos salen sin hablar ó que solo dicen algunas palabras || Mús. Auxilio que se da á una melodía principal por medio de uno ó más instrumentos ó voces.

Acompañante, adj. El que acompaña á otro.

Acompañar, a. Ir en compañía de otros, hacer compañía || Ayudar || Juntar una cosa con otra || Mús. Ejecutar el acompañamiento || Pint. Adornar la figura principal con detalles accesorios que hagan resaltar ó den más relieve y tono á aquélla.

Acompasadamente, adv. Reposadamente, con regularidad.

Acompasado, da, adj. Hecho á compás || fig. El que acostumbra á hablar despacio en un mismo tono, ó á andar, moverse ó hacer las cosas con gran reposo y regularidad.

Acomplexionado, da, adj. v. Complexionado, de buena ó mala complexión ó naturaleza.

citar el movimiento de estos pallillos por medio de algunas ruedas y pesas, hallo un modo de hacer las operaciones moviendo algunas ruedas, y esta era una verdadera máquina muy delicada y muy complicada.

Mr. *Grillet*, hombre conocido por algunas invenciones de maquinaria, quiso hacer más sencilla esta máquina; suprimió el tambor y las pesas y distribuyó con tal acierto los pallillos sobre algunas ruedas, que en moviéndolas por un lado hacía la adición sumaba cientas cantidades, y volviéndolas por el otro, restaba ó hacía la sustracción. El ilustre *Leibnitz* ha seguido esta idea, pero con poquísima ventaja.

Mr. *Perrault*, médico y miembro de la Academia de las ciencias, la quiso también reducir á una práctica fácil; pero hoy se ha abandonado enteramente este descubrimiento, por haber reconocido que la utilidad que se podía sacar de una máquina aritmética no equivalía á los gastos de la invención.

Y verdaderamente, cualquiera que esté ejercitado en el cálculo hará con más prontitud y menos peligro de errar las reglas más complicadas de la Aritmética, que las más sencillas operaciones con la máquina más excelente; es menester dejar estos auxilios á los ciegos que no teniendo vista quieren contar, porque para los que ven, las cuentas hechas son infinitamente mejores.

Es cierto que será menester hacer las cifras perceptibles al tacto para los ciegos, y esto es lo que hizo Mr. *Sanderson*, catedrático de Matemáticas en Cam-

bridge, aunque ciego desde la edad de un año. Este hombre, cuya penetración era extraordinaria, había llegado, á fuerza de meditar, no solamente á ejecutar todas las operaciones de la Aritmética, sino también á resolver los más difíciles problemas del Algebra, sobre la cual escribió un gran tratado en dos tomos en 4.°

Para formar sus cálculos ideó una tabla puesta sobre un enrejado pequeño, á fin de poder tocarla por encima y por debajo. Trazó sobre ella muchas líneas paralelas cruzadas por otras transversales, de suerte que formaban todas juntas ángulos rectos. Las orillas de esta tabla estaban divididas con entalladuras distantes media pulgada una de otra, y cada una comprendía cinco paralelas; cada pulgada cuadrada se había por este medio dividida en cien cuadrados pequeños; en cada ángulo de estos cuadrados ó intercepciones de las paralelas había un agujero que pasaba la tabla de una parte á otra; en cada agujero se metían dos géneros de alfileres, los unos grandes y los otros pequeños para poderlos distinguir al tacto. Con esta disposición de alfileres hacía *Sanderson* todas las operaciones de la Aritmética; la valentía de su imaginación y el hábito le familiarizaron sobremanera la combinación de estos alfileres, y dudo que el hombre más inteligente pudiese resolver con su tabla regla alguna de Aritmética.

Al mismo tiempo que se perfeccionaba la Rabdología de *Neper*, en 1635 publicó el Dr. *Wallis*, célebre

FÉL. Cella, por Dios,
que calles.
LAUR. ¿Qué ruido es ese?
CEL. ¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala
se ha entrado el Sr. D. Félix,
sin mirar, sin advertir,
que si acaso ahora viniese
mi señor, tú...
LAUR. Caballero,
pues ¿qué atrevimiento es este?
¿Cómo en mi casa, en mi cuarto,
os entrais de aquesta suerte?
FÉL. Como quien morir desea
nada mira, nada teme;
y si mi muerte ha de ser
venganza de tus desdenes,
quiero morir á tus ojos,
por hacer feliz mi muerte.
LAUR. *(A Celia.)* Tú tienes la culpa desto.
CEL. ¿Yo, señora?
LAUR. Si tuvieses
cerrada esa puerta tú...
CEL. Cerrada estaba.
FÉL. No tienes
que temer á Celia, que ella
de mi error, ¿qué culpa adquiere?
Yo solo tengo la culpa,
castígame solo á mí,
si no es ya que á temir llegues
á Celia, por la costumbre
con que la inocencia ofendes.
LAUR. Dices bien: error es mío
de que me he dejado siempre
llevar, pues no habiendo tú
escrito á Nise papeles,

no habiendo entrado en su casa,
y no habiendo ella ido á verte
á la tuya, yo cruel,
colérica é impaciente,
inocente te persigo,
que eres tú muy inocente.
Y siendo así que yo soy
tan desigual, tan aleve,
tan injusta, tan mudable,
¿qué me buscas? ¿qué me quieres?
FÉL. Solo quiero persuadirte
al engaño que padeces
de tus celos.
LAUR. ¿Quién te ha dicho
que yo tengo celos, Félix?
FÉL. Tú misma te contradices.
LAUR. ¿De qué suerte?
FÉL. De esta suerte.
O tienes celos, ó no;
si dices que no los tienes,
¿para qué finges enojos,
Laura, de lo que no sientes?
Si los tienes, ¿por qué, Laura,
desengañarte no quieres,
pues ninguno al desengaño
celoso la espalda vuelve?
Luego para disculparme,
ó para satisfacerte,
si los tienes, has de oirme,
ó hablarme si no los tienes.
LAUR. Si fuera argumento tal,
que negarse no pudiese,
quien está enojada está
celosa, muy sutilmente
arguyeras: mas si no
se sigue precisamente,

—¡Y yo te morderé!

—¡Ah, granujilla! ¡Tú debes haber cometido algún delito! Yo haré que te metan preso.

El niño se estremeció todo y se echó á llorar aterrorizado. Mateo sintió remordimiento, comprendiendo que su táctica no era buena; pero qué remedio, nunca recordaba haber acariciado á un pequeñuelo, jamás había tenido que entenderse con ninguno. Quiso remediar el mal causado, y solo logró empeorar la situación.

—¿Oyes la ronda?—dijo con voz queda para acallar al niño.

Éste tenía de la ronda, que ya había oído nombrar en su casa, una terrible idea, y se calló asustado, estrechándose contra el pecho de Mateo.

Él, entonces, lo cogió en brazos, y se colocó en el sendero iluminado por la luna.

—No tengas miedo—dijo con voz dulce, casi conmovida,—estando conmigo no tengas miedo. Te llevaré donde tú quieras. Pero dime primero cómo te llamas y por qué te has escapado de casa.

El pequeño se obstinaba en callar.

—Mira, rico, es de noche, y de noche no se puede viajar. Saldremos mañana por la mañana de mi casa, adonde te voy á llevar para que veas muchos libros con estampas muy bonitas.

—¿En colores?

—Sí, en colores también; ¿sabes cómo te llamas? anda, dímelo.

ver, y el viento se hacía cada vez más fresco. Aquel esperar extraño, la inquietud y la curiosidad, juntas á sus tristes pensamientos, cansaron bien pronto á Mateo, que se decidió á despertar al niño, á interrogarle, y muy posiblemente á llevárselo á su familia. Alargó el brazo, acercó la mano, la retiró, y pensó con amargura:

—Después de todo, ¿qué me importa? ¿A qué empeñarme en este asunto, que solo molestias me puede ocasionar? Nada me ata ya ni á la vida ni á los vivos. Vamos á buscar otro sitio, y si el niño descubre mi cadáver, ¿qué hacer? ¿Me daré yo, acaso, cuenta de nada?

Se pasó la mano por el rostro.

—¿Piedad? ¿Deber?—se preguntó interiormente con dureza.—No me queda ya nada que hacer en la vida, y mezclándome en este asunto, no hago más que prolongar mi espasmo doloroso; ahora, que después de tantas luchas estaba decidido...

Pero reflexionando mejor, advirtió que se interesaba por el infantil durmiente, no por piedad, sino porque aquello le causaba placer, un placer triste y amargo, sí, pero exclusivamente egoista.

El sentimiento de la vida le hablaba aún. Continuó reflexionando:

—Bueno, puesto que es por mi gusto, vamos allá.

—Ni piedad, ni deber—se dijo luego—ni placer, ni capricho deben retenerme en el mundo, y se levantó bruscamente, arrepentido de haberse dejado dominar

cial de Roma en el período á que nos referimos. Y si por ventura se imaginasen que exageramos la magnificencia y el buen gusto de algunos objetos, poco verosímiles en aquel siglo señalado por la decadencia de las artes que en él se generalizaba, que reflexionen, les rogamos, de la época en que estamos visitando en imaginación á Roma, distaba tanto de los buenos tiempos de las artes (de los tiempos de los Antoninos, por ejemplo), como el período en que escribimos dista del de los Cellini, Rafaeles ó Donnatellos. Y sin embargo, ¿no se conservan todavía en muchos palacios de Italia las obras de estos grandes maestros, justamente admiradas, ya que no igualadas? Pues lo mismo sucedía indudablemente entre las familias antiguas y ricas de Roma.

Hallamos, pues, á Fabiola recostada con un espejo de plata asido por el mango en la mano izquierda, y en la derecha un instrumento extraño y nada apropiado á mano tan delicada. Era éste una daga pequeña, puntiaguda, con puño de marfil primorosamente cincelado, terminando en una argolla de oro para sostenerle, instrumento favorito de las damas romanas, que se servían de él para castigar á sus esclavos ó desahogar la ira que la más ligera contradicción les causaba.

Tres criadas rodean ahora á Fabiola; cada una de ellas pertenece á diversa raza y todas han sido compradas á grande precio, no solo en razón de su agradable presencia, sino por alguna de las habilidades

dos de antemano, ú otros que recogía por el camino de entre aquellos parásitos que siempre se hallan á la mano atraídos por el aliciente de una buena comida.

En el interior de su casa era dueño bondadoso é indulgente. Conservábanla bien arreglada multitud de esclavos, y como lo que aborrecía sobre todo era el molestarse, mientras era bien servido y estudiada su comodidad y halagada su vista por objetos hermosos, dejaba el manejo de todo lo demás á sus libertos.

Pero no es tanto con él con quien desearíamos que hiciese el lector conocimiento como con otra persona de la casa. Es la que con él disfruta y parte esta magnificencia, la heredera de ella, su hija única, la cual toma el nombre del padre en diminutivo según el uso romano, y se llama Fabiola.

Conduciremos al lector, como lo hemos hecho antes, al aposento de esta joven, á cuyo interior subiremos por una escalera de mármol en el segundo piso, á un lado y otro del cual se extiende una hilera de cuartos que van á terminar en una azotea, la cual conservan fresca al par que la adornan, una graciosa fuente y muchas plantas raras y exóticas en ella sembradas. El aposento contiene cuantas producciones exquisitas y curiosas ha creado el ingenio de los artistas extranjeros y romanos.

El gusto más refinado, auxiliado por abundantes medios de adquisición y oportunidades especiales discretamente aprovechadas, ha presidido á la colección y colocación de todo lo que estamos viendo.

Como se va aproximando la hora de la cena, la moradora de esta primorosa habitación se está afirmando para presentarse á la mesa con el esplendor que corresponde. En este momento está recostada sobre un lecho con incrustaciones de plata, trabajado en Atenas, en un gabinete de forma *Gyzicena*, es decir, con ventanas de cristales que bajan desde el techo al piso y se abren sobre la florida azotea. En la pared, frente de ella, cuelga un espejo de plata de tamaño suficiente para reflejar el cuerpo entero, y á su lado, sobre una mesa de pórfido, hay una colección de extraños y costosos cosméticos y esencias, á cuyo uso tan dadas eran las damas romanas, y en cuya adquisición invertían cantidades sumas. Sobre otra mesa de palo de sándalo de la India brillaban en sus estuches muchas y diversas joyas para escoger de entre ellas las que habían de servir aquel día.

No es nuestro intento, ni sabríamos describir las personas, y por otra parte somos más inclinados á escudriñar sus cualidades morales. Nos contentaremos, pues, con decir que Fabiola, que tendría 30 años, no cedía á otras muchas de su edad en buen parecer, categoría y riqueza, y que muchos aspiraban á su mano. Pero era el reverso de la medalla de su padre en índole y carácter. Orgullosa, altanera, colérica é imperiosa, dominaba despóticamente como una emperatriz á los que la rodeaban, á excepción de solo dos personas, y exigía humilde acatamiento de cuantos se le aproximaban. Hija única y huérfana, pues

había perdido á su madre al nacer, había sido criada con excesivo rimmo por su indolente y bondadoso padre. Instruída por los mejores maestros, había adquirido varios talentos y habilidades; pero acostumbrada á satisfacer todos sus más extravagantes antojos, no sabía sacrificar deseo alguno.

Abandonada la mayor parte del tiempo á sí propia y en la soledad, había leído mucho, especialmente en libros serios y profundos, y profesaba la filosofía del epicurelismo refinado, intelectual é inerédulo, muy en uso á la sazón en Roma. Del cristianismo no tenía más idea sino que era una secta material, grosera y vulgar, y la despreciaba demasiado para indagar sus fundamentos. En cuanto al paganismo con sus diosas, sus vicios, sus fábulas y su idolatría, se mofaba interiormente de él, aunque exteriormente observaba sus ceremonias. En realidad no creía en nada más allá de esta vida, ni pensaba en otra cosa que en gozar de sus deliciados placeres. Por fortuna, su orgullo servía de escudo á su virtud. Aborrecía la perversidad de la sociedad pagana y menospreciaba á los frívolos jóvenes que le prodigaban los adiadores obsequios que de ellos exigía para divertirse con sus necedades. Teníanla todos por fría y egoísta, pero nadie podía tildar su conducta, moralmente sin tacha.

Si al principio de esta narración nos complacemos, al parecer, en largas descripciones, esperamos que nuestros lectores se persuadirán de que son necesarias para entrarle á fondo del estado material y so-

por la romántica idea de venir á morir al bosquecillo.

—En casa, á estas horas, todo habrá concluido...

Permaneció de pie unos instantes más con la mirada fija en el niño.

—Pues bien, sí, despertémosle, suceda lo que quiera—pensó de improviso, y sentándose de nuevo junto á él, lo meneó suavemente. El pequeño se estregó todo, levantó la cabeza y abrió dos ojazos negros y asustados, que fijó al punto en Mateo. No lloró, ni gritó.

Mateo fue presa de extraña perplejidad; no encontraba palabras con que desvanecer el mudo espanto del chiquillo. Fué éste quien habló primero, balbuciente, tratando desasirse de los brazos que le rodeaban, y queriendo tirarse del banco y huir.

—¡Déjame... déjame marcharme!...

—No tengas miedo, monín—le dijo Mateo reteniéndole.—Yo te quiero mucho. Oyes; no huyas, rico. Te he visto dormido aquí, solo, de noche, y como en este bosque hay bichos malos, te he querido despertar.

—¿Bichos malos? Y ¿dónde están?—preguntó el niño volviendo en sí, y temblando un poco aún por el frío.

—¿Dnn dónde están? Pues escondidos aquí y allá, salen más tarde.

—Y ¿cómo son?

—Son... son así, como lagartos, sierpes...

—¡Sierpecitas!—exclamó el niño, que completamente se despierto se acordaba ya de todo.—Nosotros tenemos una; verde sabes, y así de larga, mira; con las

patitas tiene cerca de tres cuartas. Y caza los ratones, sabes, y se los come.

Mateo le cogió las manitas, suaves y morbidas, y le preguntó con voz insinuante:

—Pero... y tú ¿por qué dormías aquí?

El niño no contestó.

—¿Por qué, rico, dímelo? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo... ¡no, no quiero decírtelo, no, no!—dijo con desconfianza el pequeñuelo—y retirándose trató de huir otra vez.—Déjame, déjame que me marche...

—Pero ¿adónde quieres ir á estas horas? ¿No quieres volver á tu casa?

—No quiero volver á casa.

—Comprendo la cosa—pensó Mateo.—Este niño se ha escapado de su casa. ¿Por qué?

—¿Por que te has escapado de tu casa, hermoso mío? Anda, dímelo, y yo te llevaré á ella ó adonde quieras. ¿Adónde quieres que te acompañe?

—Yo me quiero ir solo.

—Bueno, pues dime siquiera adónde quieres ir y te enseñaré el camino.

—¡No quiero decírtelo!

La cosa se ponía fea. Cada vez que el niño hablaba movía la cabeza con desconfianza, é intentaba desasirse de los brazos de Mateo.

Pues bien—dijo éste poniéndose en pie y subiendo sobre el banco al pequeño desconocido;—si no me lo dices, ¡no te dejaré marchar!

pues puedo estar enojada,
sin que á estar celosa llegue,
ni yo tengo que escucharte,
ni tú que decirme tienes.

FÉL. Pues ¡vive Dios! que has de oirme
antes que de aquí me ausente,
celosa ó quejosa.

LAUR. ¿Iraste
si te oigo?

FÉL. Sí.

LAUR. Pues dí, y vete.

FÉL. Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise...

LAUR. Oye, detente.
Y ¿es estilo de obligarme,
modo de satisfacerme,
decirme, cuando aguardaba
mil rendimientos corteses,
mil finezas amorosas,
fuesen verdad ó no fuesen,
que hay duelos de amor, adonde
queda bien puesto el que miente,
decirme en mi misma cara
que á Nise has querido? Advierte
que con lo mismo que piensas
que desenojas, ofendes.

FÉL. Si no me oyes hasta el fin...

LAUR. ¿Desto disculparte puedes?

FÉL. Sí.

LAUR. (*Ap.*) ¡Plegue á amor!

FÉL. Oye, pues.

LAUR. ¿Iráste?

FÉL. Sí.

LAUR. Pues dí, y vete.

FÉL. Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise, fuera error;

que yo le había traído.
Juró el secreto, y muy agradecido,
el caso se concierta,
y está esperando enfrente de la puerta
la seña; vóila á hacer, pues no está en casa
mi señor. Esto es todo lo que pasa.

LAUR. Llámale, pues, que aunque de Nise creo
los celos que me da, tanto deseo
ver cómo se disculpa,
que quiero hacerle espaldas á la culpa;
(*Vase Celia.*)
pues la que más celosa
se muestra, más colérica y furiosa,
más entonces desea
satisfacciones, aunque no las crea,
que es dolor el de celos tan extraño
que se deja curar aun del engaño;
pues cuando el desengaño no consiga,
conseguiré á lo menos que él lo diga.

ESCENA XII

CELIA, D. FÉLIX.—LAURA

CEL. (*Ap. á D. Félix.*) Fuera está de casa Fabio,
mi señor; el tiempo es este
mejor para entrar á hablarle.

FÉL. Vida y ventura me ofreces.

CEL. Disimula que llamado
de mí á entrar aquí te atreves.—
Señor D. Félix, ¿qué es esto?
¿Cómo os entráis...

FÉL. Celia, tente.

CEL. Hasta aquí?

profesor de Matemáticas, una nueva Aritmética intitulada *Aritmética de los infinitos*, que es el arte de hallar la suma de una serie compuesta deun infinito número de términos.

En la progresión natural de los números, la unidad es la diferencia entre dos términos que se siguen inmediatamente. La diferencia entre 8 y 9 es 1; interponiendo entre estos dos números 8 y 9 otros mil números que estén en progresión aritmética, la diferencia que habrá en la progresión será una milésima; y si se interponen entre esta nueva progresión otros mil términos ó números, habrá todavía una nueva progresión cuya diferencia será una milésima de milésima; continuando de esta manera, se forma por último una progresión cuya diferencia es 1; pero 1 infinitamente pequeño, lo que quiere decir que la diferencia es tan pequeña, que sin error alguno se puede concebir como si no la hubiese.

Wallis aplica después esta teórica á la progresión de los cuadrados, y suponiendo entre cada uno de los números de la progresión natural un infinito número de medios proporcionales, que forma una nueva progresión en que reina una diferencia más pequeña que ninguna cantidad imaginable, se puede entonces concebir que no hay diferencia alguna sensible entre los cuadrados de estos números, que serán los términos de esta nueva progresión.

Este inventor emplea el mismo raciocinio para los cubos, y con semejantes progresiones determina fá-

co ó tabla ordinaria de la multiplicación; esta tabla está dividida en nueve columnitas, cada una de las cuales contiene nueve casillas; en la primera hay uno de los caracteres simples que se comprenden desde el 1 hasta el 9. Las otras casillas contienen los productos de las multiplicaciones del carácter que tienen encima por cada uno de los números simples; y combinando juntos estos palitos, se hacen las principales operaciones de la Aritmética.

Esta combinación, ó por mejor decir colocación, no es difícil; lo que embaraza es encontrar prontamente el palito que se necesita para la operación que se quiere hacer, y como son menester muchos palitos, se gasta bastante tiempo para encontrarlos, además del que se necesita para ponerlos en orden.

Por estos inconvenientes se miraba esta invención como una cosa de puro ingenio. Un hombre de mérito (Mr. *Petit*, intendente de fortificaciones), sentido de que se abandonase este modo de contar, quiso restablecerle haciendo más fácil su práctica; intentó convertir el tambor de los órganos, llamados vulgarmente *órganos de Berbería*, en una máquina de Aritmética.

Con este fin hizo unos como palitos de cartón y los ajustó alrededor del tambor; por medio de algunos botoncitos que ponía en ciertas partes, juntaba los palillos que quería unos al lado de otros; esto también era muy incómodo, y la idea no tuvo aceptación ninguna; sin embargo, el gran *Pascal* insistió en ello; para fa-